

FREDERICK TAYLOR

DRESDE

El bombardeo más controvertido
de la Segunda Guerra Mundial

«Taylor ha conseguido en *Dresde* lo que Anthony Beevor logró en *Stalingrado*.»

THE INDEPENDENT ON SUNDAY

Ariel

Frederick Taylor

Dresde

El bombardeo más controvertido
de la Segunda Guerra Mundial

Traducción de Ricardo Dessau

Ariel

Título original: *Dresden*

Primera edición: febrero de 2019

© 2004, Frederick Taylor
© 2005, Ricardo Dessau, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2019, Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2976-5
Depósito legal: B. 676-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Nota del editor a esta edición	9
Prefacio	13
Agradecimientos	17
Mapas	20
Prólogo. Sajones	25

Primera parte FLORENCIA JUNTO AL ELBA

Capítulo I. Sangre y tesoro	35
Capítulo II. El reino gemelo	43
Capítulo III. Florencia junto al Elba	56
Capítulo IV. El último rey de Sajonia	62
Capítulo V. El Mussolini sajón	71
Capítulo VI. Una perla con un nuevo engarce	82
Capítulo VII. Arde la sinagoga, después la ciudad	89
Capítulo VIII. Las leyes del aire	104
Capítulo IX. Llamadme Meier	121
Capítulo X. Blitz	132
Capítulo XI. El fuego y la espada	143
Capítulo XII. Los refugios antiaéreos del Reich	169
Capítulo XIII. ¿Una ciudad sin importancia militar ni industrial? ..	183

Segunda parte GUERRA TOTAL

Capítulo XIV. Las Ardenas y después	205
Capítulo XV. El Tronido y Yalta	216
Capítulo XVI. Las acechanzas de la muerte	231
Capítulo XVII. Tiempo y azar	246

Capítulo XVIII. Martes de Carnaval	266
Capítulo XIX. La señal del cazador	283
Capítulo XX. «El refugio antiaéreo, la mejor protección»	295
Capítulo XXI. La tormenta de fuego perfecta	319
Capítulo XXII. La catástrofe	330
Capítulo XXIII. Miércoles de Ceniza	364
Capítulo XXIV. El día después	382

Tercera parte
DESPUÉS DE LA CAÍDA

Capítulo XXV. La ciudad de los muertos	395
Capítulo XXVI. Propaganda	409
Capítulo XXVII. La furia final	423
Capítulo XXVIII. La guerra ha terminado. Larga vida a la guerra	432
Capítulo XXIX. La ciudad socialista	445
Capítulo XXX. El sueño de la razón	451
Epílogo. Conmemoración	469
Apéndice A. La «masacre en las praderas del Elba»	479
Apéndice B. Contando los muertos	493
Apéndice C. Las leyendas de la caída	501
Notas	509
Fuentes y bibliografía	533

Sangre y tesoro

«Los ingleses eran apreciados. Supongo que fue solamente después del ataque aéreo cuando en Dresde se los empezó a odiar, no antes.»¹

El pastor Karl-Ludwig Hoch, hombre de Dios luterano, historiador de la arquitectura y líder comunitario, tiene poco más de setenta años. Persona de una profunda espiritualidad, ha evitado separarse del mundo gracias a un cáustico, casi cínico sentido del humor. Sus facciones aristocráticas se pliegan en una triste sonrisa mientras describe la cuestión del amor perdido de sus conciudadanos por Inglaterra.

«La gente sabía que tanto los británicos como los norteamericanos amaban mucho a Dresde... El templo inglés de St. John estaba en la Wiener Platz, y la de All Saints era la iglesia norteamericana.»

En el jardín de la casa de campo suburbana, junto a la ribera del río de la familia Hoch, hay un monumento de piedra desde el cual se puede mirar río abajo y ver, recortada contra el horizonte, la silueta de Dresde, a cuatro o cinco kilómetros de distancia. El monumento fue erigido por unos antiguos francófilos para conmemorar la tarde en que Napoleón, durante su precipitada retirada de Moscú, y pensando en el sitio adecuado para hacer un alto, llegó a la misma elevación, en el mismo punto, para también poder contemplar él Dresde a distancia. Corría el año 1813. Sajonia era uno de los pocos aliados que Napoleón había perdido. El emperador francés creía que iba a sostener una batalla en su territorio. En tal caso, la idea le agradaba mucho, y tenía varias al respecto. Los sajones, como el pastor señala a menudo, nunca han sido especialmente inteligentes en la elección de sus amigos.

En 1945 la familia del pastor Hoch se salvó de la destrucción total que castigó el corazón de la ciudad. Bombas aisladas, perdidas, aterrizaron a su barrio densamente poblado, pero los Hoch, sus hués-

pedes y sus vecinos lograron ponerse al abrigo de ellas en el refugio del jardín hasta que el ataque terminó. Después, una vez que el estruendo de los aviones se hubo extinguido, volvieron a la superficie, para encontrarse con una vista espeluznante de su ciudad natal, a tres kilómetros más o menos de distancia, que estaba siendo devorada por las llamas. Una mujer que vivía arriba, en la colina, una nazi ferviente, los descubrió en su balcón y les gritó: «¡Pues bien, Frau Hoch! ¿Goebbels tenía razón o no? ¿Son los ingleses unos criminales o no?».

Joseph Goebbels. Desde muchos puntos de vista, la leyenda de la destrucción de Dresde fue la tenebrosa y expedita creación del ministro de Propaganda nazi, la última y la más siniestra. Para Goebbels la casi aniquilación de la ciudad significó un horror auténticamente sentido y una cínica oportunidad.

La mayoría de los alemanes habían comprendido en el momento de la caída de Stalingrado que hablar de victoria era vano. Hacia el invierno de 1944-1945, incluso los nazis fanáticos entendieron que a todos los efectos prácticos la guerra estaba perdida. Siempre ingenioso, Goebbels tomó ahora una atrevida y artera decisión: en vez de dar un brillo positivo a la posición alemana, empezó a machacar dentro del país sobre los horrores que le esperaban si el Tercer Reich era derrotado. Las hordas bolcheviques que presionaban desde el este, violando y saqueando mientras avanzaban sobre las puras e intactas ciudades de Prusia del Este y Silesia; los pérfidos e hipócritas angloamericanos con sus despiadados vuelos de bombarderos y su desprecio cosmopolita (léase «judío») por la herencia cultural única de Alemania. Éstas eran las amenazas para la civilización alemana y europea.

La única respuesta era resistir a estos enemigos, completamente y hasta el fin, y aguardar el milagro que algún día podría llegar de las nuevas y maravillosas armas que los científicos e ingenieros alemanes pronto producirían para ser aplicadas de manera devastadora, o de las crecientes rupturas dentro de la alianza artificial entre el comunismo y el capitalismo. Los enemigos del Reich: el hechizo más poderoso que esta obra maestra crepuscular del arte infame de Goebbels podía engendrar. Al fracasar el brío de la victoria duradera, Alemania debía hacer acopio del coraje necesario ante su momentánea desesperación.

En consecuencia, no se hizo ninguna clase de intentos para minimizar las atrocidades que estaban cometiendo los rusos en su avance. Por el contrario, se difundían una y otra vez por la radio los abun-

dantes horrores que las fuerzas alemanas habían descubierto con ocasión de sus breves reocupaciones de las ciudades de Prusia del Este durante el flujo y reflujo de la batalla. Se entrevistaba a los refugiados, todavía en estado de conmoción, y en los delgados periodichuchos que habían reemplazado a la una vez voluminosa prensa alemana aparecían artículos que describían tales atrocidades. Los noticiarios mostraban devastación y ruina y la bravía determinación de todos aquellos que anhelaban aún resistir al enemigo. Era una ruta tétrica para la victoria final, Endsieg, pero (así lo implicaba la propaganda) esa ruta se mantenía abierta a pesar de todas las derrotas.

De tal modo, en los primeros días de 1945, Dresde esperaba; pero para la mayoría de sus habitantes, la llegada que temían no era la de las fuerzas aéreas aliadas, sino la del Ejército Rojo soviético. Más de ciento sesenta kilómetros hacia el este, la capital de la vecina provincia de Silesia, Breslau, había sido completamente rodeada por los rusos. Desde la base aérea de Klotzsche, al norte de Dresde, la Luftwaffe enviaba en viajes de ida y vuelta un transportador aéreo con provisiones para la sitiada metrópolis de Silesia. Las defensas orientales del Reich amenazaban con romperse, y después de Breslau, la mayor ciudad alemana en su línea era Dresde.

Cámara fotográfica en mano, el 13 de febrero de 1945, Karl-Ludwig Hoch se reunió con su hermano, y juntos cogieron el tranvía número 11 en dirección a Postplatz, en el corazón del Altstadt, la ciudad vieja. Su plan era hacer unas instantáneas de la orgullosa ciudad de Dresde, para guardarlas como recuerdo, pues su madre había dicho que, como familia aristocrática, probablemente tendrían que huir pronto ante el avance comunista, y entonces jamás verían Dresde de nuevo. Debajo de tenues nubes, el clima era ligeramente tormentoso. Los hermanos deambularon por calles y callejones familiares, dejando atrás puntos destacados que habían visto casi todos los días de su vida. Regresaron a la casa suburbana horas después esa misma tarde, mientras el crepúsculo caía lentamente sobre el valle del Elba, sin saber que acababan de ver Dresde por última vez en su forma histórica, o que muchos, si no la mayoría de sus conciudadanos con quienes se habían cruzado en las calles conocidas, serían asesinados esa noche. En el fondo, los hermanos Hoch habían visto a la muerte caminando.

Pero por ahora, durante estas horas finales, Dresde continúa siendo ella misma. Aterrorizada, atestada de refugiados a pesar de los esfuerzos por trasladarlos rápidamente hacia el oeste, y consciente de la posibilidad de convertirse en víctima de grandes sufrimientos,

pero todavía ella misma. La «Florenxia junto al Elba» que a lo largo de más de doscientos años había atraído a artistas y estetas y amantes de la cultura, no sólo de Alemania sino también de toda Europa, Gran Bretaña y el continente americano. Y que, todos estaban de acuerdo en este punto, sobreviviría indudablemente para deslumbrar a las generaciones futuras, incluso si se acababa con el Reich de Hitler en los próximos meses.

Había quienes se consolaban a sí mismos con la suposición de que los Aliados preservaban a Dresde para el futuro, de que la habían señalado como su capital administrativa para después de la guerra. Los bellos edificios, los palacios barrocos y las casas de apartamentos Art Nouveau, los agradables paisajes y las espaciosas casas de campo. Todas estas cosas tan propias de Dresde, con su rico pasado y su continua tradición del plan arquitectónico ilustrado, hablaban a favor de tal teoría. Y corrían en aquellos días otros rumores sobre la ciudad. Churchill tenía una tía predilecta que vivía en Dresde. Él había perdonado a la ciudad a causa de ella. Y los ingleses... los ingleses sentían un amor especial por Dresde. Pero entonces sucedió aquello con lo que empezamos...

Tal vez sea mejor empezar de nuevo. No con las joyas arquitectónicas sentenciadas, sino con el sencillo poblado en el área de inundación de la cuenca de un río, que la ciudad había sido largo tiempo atrás. La aldea conocida de manera nada romántica por los eslavos que originalmente vivían allí como Drezdzány («los habitantes del bosque en la ciénaga»).

Pantanosos, pero bien protegido por colinas al norte y al sur del río Elba, Drezdzány representó la primera travesía fácilmente navegable por el gran curso de agua centroeuropeo que serpenteaba hacia abajo entre gargantas, desde sus orígenes en la gran selva bohemia, y se enderezaba en su largo recorrido en dirección noroeste hacia el mar. Aún hoy la determinante geografía es absolutamente clara: en un viaje de pocos kilómetros, avanzando corriente abajo, nos movemos desde salientes de dura arenilla con espectaculares vistas de agua allá abajo, lejos, hasta acuosos prados y una tierra baja fértil y refrescante.

Y la fertilidad era lo que los migrantes sajones buscaban mientras penetraban en las tierras de los eslavos. Derrotadas y subyugadas por el rey cristiano de los francos, quien sería coronado más tarde como el emperador Carlomagno, las tribus sajonas que habían sido paganas hasta sólo unas décadas antes construyeron ciudadelas, y dentro de esas ciudadelas, iglesias. Rápidamente el cristianismo se convirtió

en su insignia en su lucha contra los todavía impíos eslavos. Su inagotable energía hizo a los sajones ricos y prósperos.

En el siglo XI un conde sajón de las Marcas,* o margrave, estableció su residencia sobre una gran colina que dominaba el Elba y allí se fortificó completamente, tomándola como punto de partida de la colonización. Llamó al lugar Meissen, una corrupción del reino eslavo de Misni, que previamente había existido en aquel sitio, y a sí mismo conde de Meissen. Éste era el salvaje este, la frontera alemana en constante expansión.

Una rebelión eslava final en 1147 provocó la llamada a una Cruzada bajo los auspicios del propio emperador. Los ejércitos masivos de la cristiandad alemana eliminaron a los nativos con una furia tan sangrienta como orgullosa. De ahí en adelante los colonizadores se encontraron con una pequeña oposición, al menos en el área en torno del Elba y del Oder. La tierra era productiva. Demostraba ser también rica en minerales. Los alemanes desarrollaron técnicas mineras que fueron más avanzadas que cualesquiera otras del continente europeo, estableciendo las bases de la riqueza futura. Como en África, Asia y el continente americano en siglos posteriores, los invasores introdujeron algunos nombres de lugares, muchos de ellos adoptados a partir de formas nativas. Como en África, Asia y el continente americano, el comercio y la conquista llegaron junto a rapaces manos.

La primera mención de Drezdzány como ciudad-colonia alemana aparece en unos registros de los condes de Meissen que datan de 1216. El poblado alemán, sobre la orilla sur del río, se convirtió en la «ciudad vieja» (Altstadt), y las áreas eslavas al otro lado del río Elba —aunque más vieja—, en la «ciudad nueva» (Neustadt), presumiblemente porque ésta se hallaba aún a la espera del disfrute de la germanización. En 1270 el lugar que ahora empieza a ser conocido como Dresde entró en la Historia con «H» mayúscula. El conde Enrique el Eminente de Meissen trasladó su residencia doce millas río arriba hasta Dresde. El sitio era agradable, templado en invierno y no demasiado caluroso en verano, y ya era conocido por sus vinos, sus frutales y sus huertos cultivados. No tan espectacular como el rocoso despeñadero de Meissen pero, hay que decirlo, más civilizado.

Dresde no se mantuvo demasiado tiempo como capital de un señor de la Marca. Después de la muerte de Enrique el Eminente, y siguiendo las veleidades del principesco DNA, pasó en rápida suce-

* Fronteras, lindes. (*N. del T.*)

sión a los gobernadores de las cercanas Bohemia y Brandenburgo, antes de volver a la jurisdicción de Meissen, poco antes de que la Peste Negra azotara toda Europa. A partir de este momento permanecería sucesivamente en manos de la familia gobernante de Meissen —la dinastía Wettin— durante seiscientos años.

La extensión de la influencia alemana hacia el este y el sur se limitó a comienzos del siglo xv. Los checos de Bohemia, eslavos inteligentes con su propia y firme jerarquía social, sin olvidarse de sus propios recursos industriales y minerales, que competían con los de sus vecinos, ya se habían empezado a irritar ante el continuo flujo de los inmigrantes alemanes, especialmente en Praga y en los montes Sudetes, ricos en minerales. Los reyes bohemios podían alentar el establecimiento en sus ciudades y pueblos de mano de obra extranjera —los gobernantes tienden a pensar desde el punto de vista de los impuestos y de las habilidades básicas—, pero los antiguamente establecidos nativos no se dejaban impresionar tan fácilmente. Se sucedieron matanzas mutuas, en las que los germanos fueron aterrorizados y expulsados violentamente de sus fortalezas en las ciudades y, como recompensa, los fastidiosos checos destruyeron sus pozos de extracción —los intercambios habituales de derramamientos de sangre de los conflictos étnicos—. Décadas de guerra entre germanos y checos, católicos y husitas, se resolvieron por fin en una paz inestable. Dresde se encuentra a menos de cincuenta kilómetros al norte de las comarcas bohemias fronterizas, donde nace el Elba y donde este doloroso drama étnico tuvo lugar. En 1429 un ejército checo alcanzó las puertas de Dresde y destruyó los suburbios.

Sin embargo, a comienzos del siglo xvi, Dresde adquirió la categoría que ya nunca volvería a perder: la de capital de Sajonia. La dinastía de los Wettin dividió las tierras sajonas entre dos hijos rivales. La parte más rica, incluyendo Dresde, se le entregó a Albert, de allí en adelante príncipe elector (Kurfürst) reconocido señor de Sajonia del Este y miembro del comité de príncipes que elegían a los gobernantes del Sacro Imperio Romano Germánico, no sólo un hacedor de reyes, sino también un hacedor de emperadores. Hubo un incendio, que destruyó partes esenciales de la ciudad, y no por primera y última vez. Como consecuencia, se dio instrucciones a los arquitectos para que construyeran con guijarros menos fácilmente combustibles —en la mayoría de los casos arenisca local—, un rasgo que llegó a ser característico de la arquitectura de Dresde.

A lo largo del siglo xvi Dresde se convirtió tanto en una capital artística como política. Martín Lutero profirió su desafío protestan-

te al papa, y el elector de Sajonia fue su principal protector. Pronto Sajonia pasó a ser predominantemente luterana y el poder protestante, dirigente en Alemania. Con las divisiones religiosas que se creaban en Europa en general, y en Alemania en particular —un lugar muy peligroso—, el elector construyó un elegante Schloss sobre el Elba y lo rodeó con sólidas fortificaciones. A pesar de todo su esplendor y orgullo, la ciudad conservó durante todo este tiempo el molesto y opresivo aura de un campamento de frontera. Rápidamente llegó el momento de una nueva disputa sobre quién gobernaba Bohemia y bajo qué ley religiosa. La vieja y todavía latente enemistad encendió la mecha que desencadenó la Guerra de los Treinta Años.

Europa fue devastada por ejércitos saqueadores en una escala no vista desde la caída del Imperio Romano. Cuando llegó la paz en 1648, Bohemia perdió sus restos de independencia, y tanto el catolicismo como el reino germano salieron fortalecidos. Con todo, las tierras checas quedaron con una mezcla de mayoría eslava y minoría alemana que siempre resultaría explosiva. Desde un punto de vista positivo, la reputación de Dresde como una fortaleza militar había llevado a un rápido flujo de angustiadas gentes del campo que procuraban escapar de los alborotadores ejércitos. La mayor parte de Europa podía estar exhausta y despoblada, pero la capital de los sajones se había transformado en una comunidad de veintiún mil almas. De acuerdo con los criterios de la época, era una ciudad muy poblada.

Sin embargo, mientras nos acercamos al final del siglo XVII, Dresde es todavía un centro provincial. Una *Residenzstadt* o ciudad residencial donde un importante aunque (desde la perspectiva europea) magnate regional de mediano rango mantiene una corte. Literalmente. Casi todas las ventajas de que goza el pueblo de Dresde —trabajos, industrias, comercio, artes y entretenimientos— dependen de que el elector de Sajonia siga escogiendo este lugar para vivir. Se trata de un factor que configurará, tal vez inconscientemente, muchas actitudes en la ciudad incluso cuando haya dejado atrás esta situación de residencia real y se descubra a sí misma transformada en una prolífica metrópoli moderna.

No obstante, en este estadio, las decisiones reales continúan siendo terminantes. Así, el primer paso hacia ese destino distante lo toma un nuevo príncipe elector, un joven aventurero de cuello corto y robusto —los Wettin habían estado raramente a la altura de la belleza de su capital— llamado Federico Augusto. Cuando inesperadamente sucedió en 1694 a su hermano enfermo en el trono de Sajonia, a la edad de 23 años, ya había mostrado un interés precoz por

las damas, la arquitectura y el arte de la guerra. Federico Augusto tiene dinero, oro y joyas, una confianza innata y, aparentemente, una ambición ilimitada. Sajonia ha prosperado desde el fin de la Guerra de los Treinta Años. Enviado por sus principescos parientes a hacer un gran viaje siendo adolescente, se ha enamorado de las glorias de la Italia del Renacimiento. Sobre todo, ha quedado impresionado por el esplendor de Versalles y por la figura imponente, absolutista del gran rey Luis XIV de Francia.

Federico Augusto está decidido a labrarse una importante posición no sólo en Alemania, sino en toda Europa. Audazmente, quiere explotar sus dominios sajones para alcanzar tal fin. Pero, la verdad sea dicha, necesita una base de poder más amplia de la que Sajonia puede suministrarle.

Y da la casualidad de que, no lejos hacia el este, hay un reino en venta.